



HISTORIA NATURAL.

El Tadorno.

Es un ave magnífica, algo mayor que el ánade salvaje, y se parece á esta en las formas, si bien son mas graciosas y ligeras. El fondo de su pluma es blanco, la cabeza y parte del cuello de un negro tornasolado de verde, rodeando la parte inferior de su cuello una franja blanca, al mismo tiempo que adorna su pecho, espaldas y el vientre bajo una cinta amarilla muy bella. Sus alas estan jaspeadas de negro, encarnado, blanco y verde; la cola blanca y salpicada de negro; de un rojo pálido las patas, y el pico encarnado, con extremo y narices negras.

En la numerosa raza de los ánades no hay uno que ostente colores tan brillantes y bien distribuidos como el tadorno macho, pues aunque se le parece la hembra, no tiene su brillantez. Tambien son muy lindos los pollos, como que tienen azules el pico y patas, nevado el vientre, y la espalda en parte blanca y en parte negra; pero mas tarde pierden este bellissimo traje, convirtiéndose en pardo al tercer año de su vida.

Cuando el tadorno vé que algun cazador persigue á su familia, se vale para librarla de una estratagema digna de ser narrada. Abandonando las aguas del lago donde se columpia graciosamente, vuela casi rozando la tierra, y dando tumbos como si estuviese herido y fuese á caer. Engañado con semejante astucia, suele seguirle el sencillo cazador con la esperanza de cogerle con la mano, y en efecto llega á tocarle algunas veces; pero entonces el tadorno apresura el vuelo, ganando cuarenta ó cincuenta pasos para volver á su ma-

niobra. De este modo logra alejar del estanque á su enemigo, y cuando ha volado un cuarto de hora, en cuyo tiempo recoge la madre sus hijuelos, poniéndolos en salvo, el astuto tadorno se eleva de repente, desapareciendo á poco, con gran admiracion del burlado cazador y asombro de su perro.

El macho participa de los cuidados de la incubacion, ó bien vela sobre alguna altura inmediata para atraer los peligros que pudiera correr su familia. Aunque muy celoso, es muy buen marido y mejor padre de familias, pues en el campo y en el mar, ya ruja la tempestad, ya el tiempo esté sereno, siempre se le vé al frente de los suyos, dirigiéndolos á donde mejor y mas libres puedan estar. Por cierto que es una cosa admirable el que los tadornos venzan las enfurecidas olas, siendo así que estas estrellan contra las rocas á muchas otras aves de diversa especie.

Los tadornos abundan en las islas Falkans y en las costas de la de Vandiemén; pero tambien los hay, aunque en escaso número, en Europa, principalmente en Islandia, Suecia, las islas Orkney y todo el norte de las británicas.





DOS NIÑOS CHINOS.

(CONCLUSION.)

En vano buscaron al día siguiente á Fo-Hi por toda la ciudad; no le encontraron, y cada uno formaba sus congeturas acerca de tan extraña desaparicion, hasta que al fin, como sucede en semejantes casos, despues de ocuparse todos los vecinos del atrevido rapto, nadie volvió á hablar de él. Nada tiene esto de particular, pues un nuevo objeto fué á distraer la curiosidad pública: unos juglares *tátaros* tuvieron el privilegio de hacer olvidar tan cruel aventura.

El padre sin embargo se hallaba inconsolable, teniendo que concentrar toda su ternura en el hijo que le quedaba; pero el pobre librero no podia estrechar en sus brazos á Fo-Lang sin acordarse de Fo-Hi, y sus lágrimas volvian á correr. Presa de tan violento pesar, el Señor Hau-Kiou-Kan dejó el comercio de libros, y se retiró con Fo-Lang á una casa de campo que poseia á poca distancia de la ciudad. Allí mandó labrar una pagoda rústica, donde todos los dias pedia á Bouddha le concediese la vuelta de Fo-Hi, pues todavía iba á animar la esperanza su corazon de padre.

El templo campestre era digno del que le mandó construir, y de la divinidad á quien lo ofrecia. Era una pagoda de forma octógona, figura adoptada con bastante generalidad en China para los monumentos religiosos; el casco del edificio estaba formado con piedras cortadas, y hacía la parte superior, por debajo del techo, habia en cada frente un nicho en forma de ventana, destinado á contener la imágen de Bouddha; el techo, cortado tambien en ocho lienzos, terminaba en punta piramidal, y sobre él habia una especie de columna; por último, el tejado era de tejas colocadas

en forma de conchas, pintadas de azul, encarnado y verde, y bañadas de un barniz que herido por los rayos del sol despedía vivísimos reflejos. Por esta descripción imperfecta conoceréis que era una maravilla en pequeño.

Un día que el señor Hau-Kiou-Kan se hallaba en la pagoda, á donde habia llevado las ofrendas de arroz cocido, bebidas y platos con carne y pescados; en el momento en que iba á encender el incienso, dando principio á su oracion, vió que le observaba atentamente un forastero, quien al parecer esperaba el fin de la oblacion para explicar el motivo de su visita.

Llevaba el forastero un gorro de picos negros y un casquete encarnado, con un globillo transparente en medio, y sobre él una pluma de pavo real fija por detrás; llegábale hasta el tobillo un manto verde que le cogia todo el cuerpo, y terminaba en la muñeca en una especie de herradura rodeada de una faja amarilla sembrada transversalmente de líneas encarnadas y verdes; sobre dicho manto flotaba una túnica de seda color de violeta, forrada de blanco, que le llegaba hasta las rodillas, al paso que sus anchas mangas solo descendian hasta el codo; en medio de esta túnica y á la altura del pecho se distinguia una pieza de seda encarnada, ribeteada de verde, viéndose pintado en el centro de un cuadro amarillo un pájaro blanco; completaban tan rico traje unas botas de raso, cuyas suelas eran encarnadas y blancas, formando el tacon dos puntas encarnadas. Apenas conoció el señor Hau-Kiou-Kan que era el Kouang-Fou, ó comisario de policía, se prosternó humildemente, lo cual no debeis extrañar luego que sepais que aquel personaje eminente llevaba tambien un collar de opalos y fumaba cierto opio de contrabando, pues la víspera se habia apoderado de muchas cajas en casa de un aficionado, á quien impuso por este hecho una multa enorme.

«Levántate, hijo mio, dijo el Kouang-Fou al ex-librero los dioses se complacen en ser servidos por hombres

como tú. He sabido la desgracia que ha caído sobre tí, y vengo á consolarte.»

Al oír estas palabras, creyó Hau-Kiou-Kan que había parecido Fo-Hi, y que el Kouang-Fou iba á llevarle tan grata nueva.

«Señor! exclamó juntando las manos, que Boudtha conceda á V. E. toda la dicha que espera de nuestro soberano. Este es el día mas dulce de mi vida; pero no hagais penar á un padre desventurado, y permitidle que vaya á abrazar á su hijo. Le he llorado tanto, señor! como que le creía muerto!

—Hijo mío, respondió el Kouang-Fou, modera tu aflicción y calma tu alegría: Fo-Hi no ha muerto, siendo esto lo único que puedo asegurarte con arreglo á las noticias que me ha dado uno de mis zorros amarillos (1) mas diestros.

—Ay! dijo el padre cayendo en el abismo de la desesperación desde la cima de la esperanza; ¿con que no le volveré á ver?... Estais seguro, señor, de que nada ha perdonado vuestro zorro amarillo para descubrir....

—El dolor te estravía, interrumpió con severidad el Kouang-Fou; guárdate, hombre incrédulo é impaciente, de irritar contra tí á los dioses y la policía; la policía sobre todo! y no dudes en lo sucesivo de mis zorros amarillos, ó..., te juro por el pájaro blanco!... mas veo que te arrepientes de haber pronunciado esas palabras, por lo cual te perdono. Ahora, oye lo que tengo que decirte. El día en que disfrazado de actor ejecutaba el drama....

—Cómo! V. E. era....

—No me interrumpas: sí, yo era, pues suelo tomar varios disfraces para desempeñar con mayor eficacia las obligaciones que me impone mi destino, precisamente cuando me creen muy lejos.... Pero aquel día, te iba diciendo....

(1) Agentes secretos de la policía china.

— En efecto, dijo Hau-Kiou-Kang, me parece que ahora conozco; pero quién se hubiera atrevido á buscar bajo ese gorro con pluma de pavo....

— Ya te he dicho que no me interrumpas. Aquel día, despues de entregarte á Fo-Lang, cuyos lloros habian llamado mi atencion.... Pero á propósito, no veo á ese interesante chico: ¿qué has hecho de él? ¿en qué se ocupa? ¿le gusta todavía el teatro? Puedo decir que se divirtió furiosamente en el mio. Me acuerdo que daba aquel día el *Circulo hecho con lápiz*, la perla de mi repertorio. ¿Conoces el *Circulo hecho con lápiz*?

— Me tomo la libertad de advertir á V. E....

— Basta, y no me interrumpas! Aquel día, iba diciendo, adquirí la certeza de que Fo-Hi habia sido robado; ¿pero por quién?

— Sí! ¿por quién?

— Si me interrumpes otra vez te mando dar una zurra. ¿Por quién? dices; pues bien, esto es lo que he llegado á saber ayer mismo, gracias á mis zorros amarillos. El vendedor de pasteles á quien siguió Fo-Hi era vendedor de pasteles como tú eres mandarin y yo soy....

Al llegar aquí se paró el Kouang-Fou, sonrióse de un modo extraño, y prosiguió acariciando el bigote:

— Y yo soy cómico.

— El nombre del raptor! exclamó Hau-Kiou-Kang fuera de sí y con el furor pintado en sus facciones: quiero hacer pedazos á ese mónstruo! estoy en mi derecho! así lo manda la ley!

— Y este el voto del emperador, dijo el Kouang-Fou sacando del seno una carta que llevó á los labios y entregó á Hau-Kiou-Kan con mucha ceremonia, añadiendo: «adora la mano que te escribe!»

La comunicacion celeste estaba pintada en caracteres encarnados y azules sobre un pedazo de seda amarilla, que llevaba el sello del dragon verde imperial, y en ella llamaba el emperador al señor Hau-Kiou-Kan, quien debia ir á Pekin á pronunciar sentencia contra el raptor de Fo-Hi. En la misma carta, y por un fa-

vor inexplicable, nombraba el emperador al antiguo librero presidente honorario de la Academia de los Nou-nou-sing (1), y disponia que el jóven Fo-Lang entrase á formar parte de los doce Ti-pa-sien, ó séase mancebos encargados en mantener y renovar perpétuamente los perfumes de los braserillos de palacio.

El Kouang-Fou se habia retirado antes que el señor Hau-Kiou-Kan hubiese pensado en expresar su gratitud, pues todo aquello le parecia un sueño, olvidando hasta que debia tanta honra á la pérdida de su hijo. Dejó su pagoda sin acabar el sacrificio, y creyendo que ya se hallaba en la corte en presencia del emperador, saludaba á todo el mundo: al entrar en casa encontróse cara á cara con un amigo que le esperaba para comer, y á quien habia convidado á chuletas de cerdo y nidos de golondrinas; llegóse á él con mucha seriedad, y le trató de *primo del Sol*, *tio de las Estrellas*, *hermano de la Luna*, y otros nombres por el estilo que se dan en China al emperador en los besamanos.

El amigo creyó que se burlaba de él, cogió un baston, y le dió unos cuantos palos, no necesitándose mas para que recobrase la razon.

Al dia siguiente partió para Pekin el señor Hau-Kiou-Kan, acompañado de su hijo y en un palankin de lance que le vendió un ministro lanzado de su puesto, y que se volvía á su tierra. El exministro dió al señor Hau-Kiou-Kan algunos consejos acerca de como debia tratar al emperador; mas afortunadamente en nada siguió este catecismo el recién electo, debiendo á esto su salvacion, pues envidioso como un mandarin depuesto, el vendedor del palankin, con una perversidad de que no hay ejemplo, recomendó á su improvisado amigo tales usos, que cualquiera de ellos habria llevado al calabozo mas oscuro al aprendiz de cortesano. Mas de algo habia de servir al señor Hau-Kiou-Kan haber sido editor de almanaques: anuncióse pues á sí mismo lo que debería

(1) Chañanes de libros viejos en Pekin.

sucedérle si no se presentaba por primera vez en la corte como los hombres de buen tono, y se propuso no dejarse llevar de todo lo que le dijese los aficionados á dar consejos.

A los nueve días de un viaje feliz llegó á Pekin, y como no es nuestro ánimo hacer una descripción de esta ciudad, para lo cual necesitaríamos dos años por lo menos, veinte y cuatro resmas de papel y tres arrobas de tinta, sin hablar del inconveniente de ocupar indefinidamente las columnas del *Mentor*, nos limitaremos á describir las del palacio donde residian el emperador y su corte, cuando entraron en la capital de la China el señor Hau-Kiou-Kan, y su hijo Fo-Lang.

El palacio imperial está situado en las afueras de la ciudad, y para ir á él hay que atravesar una calzada embaldosada, y de hermosa construcción, con naranjos á uno y otro lado, y que se enlaza con el edificio por medio de una grada de diez y siete escalones que conduce á un átrio cercado de una balaustrada. En este átrio, aislado por todas partes, se eleva el monumento rodeado de una galería sostenida por cien columnas de porcelana, entre cada una de las cuales se abre una puerta de madera preciosa con embutidos de arabescos de oro y nacar, y cubierta con una mampara de damasco. Dichas puertas comunican con diversas salas del palacio, cuyo mueblaje es tan rico como variado, estando adornadas las paredes con tapices de esa goma que nos viene de la India Oriental y se llama laca. Estos tapices estan llenos de figuras que representan todas las divinidades del cielo chino, divinidades que ascienden al número increíble de diez y seis mil setecientas, y desafian todo lo mas raro que la imaginacion puede inventar tanto por lo caprichoso de su trage, como por sus extrañas formas.

Al rededor de todas las piezas hay infinitos divanes, y en medio de cada una de ellas un surtidor de agua que va á caer en un estanque empedrado con piedras de colores, y en el cual nada una multitud de peces, que

al hacer el menor movimiento, hacen saltar de la superficie del agua, ó á lo menos así se lo figura la deslumbrada vista, millares de chispas: del cielo raso pendien enormes lámparas, donde arden aceites aromáticos. Véanse las flores mas raras en vasos de forma elegante; anda uno sobre entarimados de madera de olor cubiertos con tapices de cachemira, y en pajareras de filigrana de oro hay encerrados mil alegres pájaros de matizado plumaje que despiden encantadores gorgoros, pero junto á todas estas riquezas, se pasean incesantemente sable en mano ciertos terribles vigilantes dispuestos á castigar al temerario que osase poner el dedo en la nariz del menor monigote.

Cuando el señor Hau-Kiou-Kan y Fo-Lang penetraron en aquel suntuoso palacio, era dia de besamanos, por manera que asistieron al espectáculo mas magnífico que puede verse. Apenas se descorrió la cortina que ocultaba al emperador, todos los concurrentes tocaron la tierra con la cabeza por tres veces, y luego se levantaron, entonando un cántico en loor del emperador, quien tambien cantaba con toda su corte. Temiendo no acriminasen su silencio, quiso unir su voz á la de los demás cantantes el señor Hau-Kiou-Kan; pero dió una nota falsa que puso en consternacion á todos los concurrentes, nota falsa que le valió un palo en las costillas. Era el maestro de capilla, que con un bambú en la mano á manera de tambor mayor dirigia la orquesta: Hau-Kiou-Kan se dió por advertido, y para no echarla á perder de nuevo, tomó el partido de callar.

Entonces todos los cortesanos desfilaron en orden por delante del emperador, entregándole un memorial y una flor. Si el emperador acogia favorablemente el memorial, conservaba la flor, y si no la rechazaba, de suerte que todo esto pasaba en silencio. Cuando llegó su vez al señor Hau-Kiou-Kan, el antiguo librero presentó la carta que le habia dado el Kouang-Fou, pero no tenia flor. El emperador conoció el embarazo del señor Hau-Kiou-Kan, y estrechando en sus brazos á

Fo-Lang, que acompañaba á su padre, dijo á este último: «No hay que afligirse; este niño no es una flor, y la mas linda de todas? La acepto, y me quedo con ella.»

Pero Fo-Lang tendia las manos á su padre, é iba á prorrumpir en llanto, cuando cayendo de rodillas Hau-Kiou-Kan, exclamó:

«O poderoso Bouddha!...»

Pero no pudo decir mas, pues acababa de conocer en la persona sagrada del emperador al Kouang-Fou, comisario de policía y actor. Tambien Fo-Lang conoció á su antiguo amigo, y le acariciaba alegremente con no poca admiracion de todos.

«¿Nada tienes que decirme? prosiguió el emperador. Hau-Kiou-Kan permanecía mudo.

«Habla: ¿no vienes á darme las gracias y á pedirme justicia? pues bien, ya te escucho. ¿A qué viene ese silencio? El Kouang-Fou, mi comisario de policía, me ha dicho que en ciertas ocasiones no se te traba la lengua. ¿No tienes que contarnos una historia interesante? el rapto de un hijo, á quien un vendedor de pasteles que no lo era.... Mas, puesto que callas, yo soy quien contaré esta historia.»

En aquel momento resonó en la puerta del palacio un grito bien conocido, el grito de un vendedor de *Tching-tcheou*; oíanse distintamente las campanillas de su carretón y su voz estrépitoso que repetía:

«A las buenas tortas! tortas de *Tching-tcheou*! quién me llama?... á las calientes!.. no las vendo sino que las doy!»

Hau-Kiou-Kan se precipitó hácia la puerta, seguido de todos los concurrentes al besamanos, quienes lanzaron un grito, y se pusieron á palmotear.

El vendedor de pasteles no era otro que el hermano del emperador, disfrazado de pastelero ambulante, y que llevaba de la mano á Fo-Hi con el traje de los *Ti-pa-sien*, es decir, una túnica de brocado de oro sin mangas, brazaletes de perlas y pantalones de muselina con hojuelas de plata.

El niño se arrojó en brazos de su padre, al mismo tiempo que lo hacia Fo-Lang, y el emperador dijo al librero:

«Me diste una flor, y yo te entrego dos. ¿Qué castigo reservas al raptor de Fo-Hi.»

Hau-Kiou-Kan besó el manto de su soberano.

—Y ahora, añadió este, ahora que tu corazon ha recobrado la alegría, no te expongas á perderla, pues el emperador y su hermano no se disfrazan todos los dias, ni todas las aventuras de este género encuentran su desenlace en este palacio. Confucio ha dicho: «abre tu corazon, tu ojo y tu mano, pero cierra tu casa, tu establo y tu jardin.»

Y de este modo, amables lectores, dió fin la historia de Fo-Hi y Fo-Lang.

T.

LOS HIELOS.

El hombre que se ha consagrado á las ciencias, no perdona medio alguno para saciar su ansia por saber: ni los riesgos ni las fatigas le arredran, de lo cual es un ejemplo notable la conducta de Mr. Agassis, físico muy instruido de la Suiza francesa.

En la cima del Aar, apenas conocido por algunos osados viajeros, no lejos de Grimsel; sobre ese helado monte de los Alpes, perdido muchas veces en las nubes, en el corazon de las escarchas y las tempestades, fué á acampar aquel animoso apostol de la ciencia, pasando allí los dias y las noches en contemplar los grandes fenómenos de la naturaleza. En compañía de unos cuantos trabajadores, se estableció en ese monte de agua

cristalizada, como si fuese el terreno mas firme, empleando el tiempo en abrir pozos profundos en el hielo vivo, cortar escaleras, puentes y acueductos, ahondar largas y subterráneas galerías, como en otra parte se construyen con piedra casas y otros edificios por el estilo, explorar incesantemente las entrañas del hielo ni mas ni menos que su superficie, y por último, en estudiar el mas pequeño fenómeno, todo en interés de las ciencias físicas.

Vamos á daros algunos detalles acerca del resultado que obtuvo en sus tareas.

Las masas de nieve que se amontonan con el tiempo en las montañas elevadas, siempre sobrado frias para que el agua pueda existir en ellas en estado de líquido (circunstancia que opone un obstáculo invencible á los estragos que no dejaría de producir de otro modo en los valles y llanuras inmediatas, en razon de su abundancia y la rapidez de su caída); estas masas, decimos, pasan bien pronto al estado de hielo mas ó menos compacto, bajo la influencia de la evaporacion, las infiltraciones acuosas, los derretimientos y las heladas repetidas. Mr. Agassiz ha averiguado que el estado de conversion de la nieve en granos metálicos, lo cual se designa por lo regular con el nombre de *nevado*, es en la realidad un estado adquirido y no primitivo.

Los hielos se representan generalmente bajo una tinta blanca bastante subida, sobre todo en invierno; pero su superficie está surcada por muchísimas bandas azules, por todas partes en que el relieve ha determinado corrientes de agua. La tinta blanca disminuye sensiblemente á medida que las lluvias del estío se embeben en la masa, y despues de un chaparron, el hielo que no ha mucho era de una blancura deslumbradora, se reviste como por encanto de un velo azul intenso que no deja se modifique de un modo notable la perspectiva de esas masas tan uniformes.

Los hielos presentan una especie de apariencia vascular hasta en sus partes mas densas y profundas, y

aunque mas compacto el hielo azul, lo mismo que el blanco, es el asiento de una circulacion acuosa y aun aérea casi continua que al parecer se forma á través de muchos canalitos ó incisuras capilares. Mr. Agassis se ha cerciorado de este hecho vertiendo en un agujero bastante profundo cierta cantidad de tinta de palo campeche: el licor colorado atravesó rápidamente el hielo hasta unos veinte pies de espesor, penetrando en dos horas hasta una profundidad desconocida.

Las burbujas de aire que contiene el hielo de esas elevadas montañas siempre están rodeadas de una capa acuosa mas ó menos pronunciada, abundando sobre todo en la nieve que va á pasar al estado de *nevado*. Para cada 10,000 granos hay nada menos que 32 centímetros cúbicos de aire, mientras que en la nieve azul apenas hay 0, 5, y la blanca contiene 7, 5.

Esperimentan los hielos un movimiento de inspiracion de noche y de dia de espiracion, como las hojas de los vegetales?

Esta opinion que llegó á avanzar Hugi, el cual la concibió con arreglo á un esperimento hecho con el auxilio de una campana sobre el mercurio, donde habia visto que este líquido subia y bajaba alternativamente, ha parecido muy exagerada á Mr. Nicollet, colaborador de Agassis. Lo único tal vez exacto, es un movimiento de contraccion y dilatacion alternativas, el cual proviene de las modificaciones que esperimenta la temperatura diferente del dia y la noche.

Tambien es un error creer que el hielo presenta un espejo de una pureza virginal que no se parece á ninguna otra; es un error, repetimos, y esto se concibe en regiones donde los vientos soplan con tanta violencia. Mr. Agassis dice que solo el hielo del Aar, el cual está muy lejos de ser el primero en su clase, contiene nada menos que 2.500,000 kilógramos de arena.

Como la luz refleja en esas altas regiones de hielo, tiene un brillo y una especie de acritud penetrante mas marcada quizá que en las latitudes mas ardientes, de suer-

te que nadie se expone á él impunemente, siendo mas que comunes allí las oftalmias, las inflamaciones del cutis, y ampollas en rostro y manos, por lo cual es una precaucion muy util llevar un velo negro. Este exceso de luz continúa al parecer hasta cierta hora de la noche, y aun cuando el tiempo esté muy nublado se disfruta de una especie de semiclaridad crepuscular que permite ver perfectamente la hora, semiclaridad que no se advierte tanto cerca de allí ni en tiempo sereno. La luz no puede venir en este caso de las estrellas, puesto que las nubes interceptan completamente sus débiles rayos, por manera que solo ha podido Mr. Agassis explicar este hecho, recurriendo á una opinion que ha emitido el célebre Arago, á saber, que las nubes gozan de cierta capacidad fosforescente.

Los hielos no permanecen estacionarios, y reuniendo Agassis sus propias observaciones á las de sus antecesores, ha deducido que en invierno casi no se mueven, pero que en todo el año, andan las masas del centro 285 pies, 160 las de los bordes que miran al mediodía, y 125 las que miran al septentrion, de suerte que en ciertas épocas se hallan en gran movimiento, con la particularidad que este es mas marcado en la parte superior que en aquella que presenta mayor declive.

Esas masas gigantescas que nos parecen tipos de consistencia, experimentan graves mutaciones, habiéndose cerciorado Agassis de que el hielo del Aar pierde siete pies suizos de espesor. Y sin embargo no se disminuye su nivel general comparándolo con las alturas inmediatas, pero es porque esta pérdida no se efectua en la parte inferior, bajo la influencia del calor de la tierra, como algunos han creído, sino al contrario en la superficie superior, estando compensada con la solidificacion de una cantidad respetable de agua infiltrada hasta abajo, de la cual resulta poco á poco la elevacion de toda la masa. La subida espontánea de largos cilindros de madera metidos en agujeros que penetraban hasta la parte inferior de los hielos y su aparicion

sucesiva en la superficie de estos, no deja duda alguna acerca de este punto.

Así es que esas altas regiones heladas que al parecer forman un mundo aparte extraño á la vida, esos hielos llamados eternos que se elevan hasta el cielo, están sometidos á las vicisitudes de las existencias mas humildes, y expuestas como ellas á una destruccion y renovacion parciales no interrumpidas.

Sorprende muy mucho en esas altas soledades tan profundamente silenciosas, oir de cuando en cuando detonaciones terribles, que van acompañadas de sacudimientos iguales á los temblores de tierra, y que se repiten unas tras otras como si fuesen descargas de artillería ó fuego por pelotones. Entonces se abre el hielo en enormes grietas, descubriendo sus entrañas, preludio del desprendimiento de terribles témpanos, que, como sucedió en el Valais en 1835, barren y trastornan todo un pais. Mr. Agassiz fué testigo de esos formidables fenómenos, los cuales pusieron en fuga á toda su gente; pero por fortuna no causaron daño de consideracion.

D. S.

